

CONFERENCIA Unió de Religiosos de Catalunya (URC)

*Barcelona, 14 de octubre de 2015*

## **VIDA RELIGIOSA**

### **SIGNO, PRESENCIA, SERVICIO, COOPERACION, ESPERANZA**

#### **PREVIOS**

-Agradezco la deferencia de invitarme

-Me da temor y temblor pensar que el año pasado, si no me equivoco, estuvo aquí Mons. Agrelo, y que dio una conferencia de extraordinario valor.

-Hablo desde lo que soy y he vivido, desde mi experiencia personal. No soy teólogo ni filósofo; apenas un humilde hijo de Don Bosco, sacerdote salesiano, a quien la vida ha llevado un poco de acá para allá.

-Una experiencia que creo que ha configurado en buena parte mi personalidad es la de la emigración. Nacido en Vélez-Rubio (Almería), me trajeron a Cataluña a los 9 meses y me crié en Badalona (hasta los 12 años), me hice adolescente en Girona (hasta los 15, ya en el seminario), maduré en Valencia (Godolleta, el año de noviciado) y en Sentmenat (tres años) y viví la vida práctica salesiana en la ciudad de Barcelona (13 años). En mi barrio de Badalona era andaluz, y en mi pueblo natal, cuando iba, era el catalán.

-Pero la primera experiencia fuerte que tuve de “éxodo cultural”, de salida de mi mundo para entrar en otro, fue la convivencia y el trabajo con gitanos en la barriada de La Perona, desde 1973 a 1984. Ahí tuve que hacer el esfuerzo de salir de mí mismo para intentar comprender y apreciar una cultura distinta a la mía. Este ejercicio me sirvió mucho posteriormente.

-A los 32 años, la obediencia me hizo el regalo de enviarme a Paraguay, donde pasé 18 magníficos años. En Paraguay era el español; cuando regresaba a España era el paraguayo, por mi manera de vestir, de hablar y, sobre todo, de amar esa tierra. Me hice paraguayo nacionalizado y hasta hoy conservo con orgullo esa nacionalidad y me reivindicó como paraguayo.

-A los 50, de nuevo la obediencia me hizo un regalo que nunca agradeceré demasiado: me enviaron a Marruecos, donde viví y trabajé 8 años, que fueron para mí estupendos. En Marruecos era el europeo...En Europa, el marroquí.

-Cuando ya estaba dispuesto a quedarme allí para siempre y enterrar mis huesos en tierra musulmana, nuestro Rector Mayor, Superior General, me pidió ir a Bolivia. Como les dije a mis hermanos, me acosté marroquí y me desperté boliviano. Tenía que ser por seis años, que es lo que dura el mandato de los provinciales entre nosotros, pero a los tres años tuvimos Capítulo General y elegimos Rector Mayor a quien estaba destinado a ser el primer provincial de una de las dos nuevas provincias en que se ha organizado la España salesiana. Y no se le ocurre otra cosa que acordarse de mí para cubrir el puesto que él ya no podía ocupar. Así que desde hace casi un año y medio me encuentro como provincial de la Inspectoría Salesiana de María Auxiliadora, con sede en Sevilla y cubriendo un territorio que va de Andorra a Canarias y de las Baleares a Extremadura, pasando por Aragón, Cataluña, Valencia, Murcia y Andalucía.

-Todo esto me ha llevado a reforzar en mí una convicción que se fraguó ya en la juventud y que expreso con un eslogan que encontré en un poster italiano: **“Mi casa es el mundo; mi familia, la humanidad”**. Sentirme ciudadano del mundo, hermano de todos y cada uno, miembro de la única familia humana, es algo a lo que el recorrido de mi vida religiosa ha contribuido, pero que, al mismo tiempo, la ha configurado.

-He constatado que el valor de la catolicidad y de la universalidad no está reñido con el amor a la patria natal y a las diferentes patrias chicas que uno va adoptando y por las que uno va siendo adoptado. Y esa dialéctica que obliga a conjugar lo global y lo local (“glocalización” se dice hoy día) es sumamente fecunda: exige, por un lado, vivir la espiritualidad de la encarnación (hacerse de allí donde uno se encuentra) y, al mismo tiempo, salir de uno mismo, de su estrechez de miras y perspectivas. Enraizamiento y desprendimiento, encarnación y disponibilidad generosa, aprecio a lo propio y mentalidad abierta a “lo otro”, al otro con minúscula... y al Otro con mayúscula.

-No es una cuestión baladí en la vida religiosa entrar en este dinamismo de encarnarse y enraizarse (como si toda la vida hubiéramos de estar en ese lugar concreto) y desprenderse y estar plenamente disponible (como si hoy mismo hubiéramos de dejar el lugar e ir a otra parte). Llama la atención la dificultad de ciertos religiosos para encarnarse en una cultura distinta a la propia, para “hacerse judío con los judíos y griego con los griegos”: así como otros, por el contrario, enraízan tanto en un lugar y cultura concretos que luego no son capaces de desprenderse y quedan prisioneros.

## **1.-VIDA RELIGIOSA, SIGNO (SER)**

La tarea más importante que siempre hemos tenido los religiosos es vivir de acuerdo a la vocación a la que hemos sido llamados, para, de esta manera, **ser signos del amor de Dios y de su ternura hacia la humanidad**. Ese amor y ternura de Dios **lo experimentamos** personalmente en nuestra relación íntima y personal con Él, **lo vivimos** en las relaciones fraternas y **lo manifestamos** en nuestro servicio apostólico. En nuestro último Capítulo General nos desafiábamos y llamábamos a ser “místicos en

el Espíritu”, “profetas de fraternidad” y “servidores de los jóvenes”; todo ello –las tres dimensiones- para ser lo que nos define como salesianos: **“signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes”**

Los religiosos **no somos un ejército operativo de batallones especializados** según necesidades: ancianos, enfermos, jóvenes, pobres, prostitutas, etc., aunque de ese modo se nos ha visto y quién sabe si nos hemos sentido también nosotros. Nuestro “hacer” nos ha servido incluso de argumento, débil por cierto, para justificar nuestro celibato (argumento que cae por tierra cuando nos encontramos con laicos casados que son tan activos y trabajadores -o más- que muchos de nosotros, religiosos)

Hace tiempo que se nos enseñó que ser es más importante que tener; pero ahora debemos insistir más en que **“ser es más importante que hacer”**. Nuestra misión se define y se realiza por lo que somos y vivimos, siendo las actividades que realizamos un elemento de nuestra vida, pero no el único ni el más importante.

Lo más impactante de mi experiencia al pasar de Paraguay a Marruecos fue el dejar una Iglesia potente, omnipresente, muy influyente y determinante para la vida del país y de la sociedad y encontrarme con una Iglesia, la misma Iglesia, pero de dimensiones insignificantes (25.000 católicos entre 33 millones de habitantes), sin ningún poder ni influencia ni consideración. La Iglesia en Marruecos es insignificante, pero es significativa, sobre todo porque es signo del amor gratuito de Dios a los hombres.

Decía Juan Pablo II a los obispos de África del Norte: “Yo les comprendo a ustedes; la Iglesia es signo, y de un signo lo que se pide no es que sea grande, sino que sea bello, auténtico y legible”

Esto que se dice de la Iglesia, conviene todavía más decirlo de la vida religiosa: lo importante no es la cantidad, sino la calidad; lo que cuenta no es lo que hacemos y cuántas obras y destinatarios tenemos, sino cómo somos y vivimos.

La *Perfectae Charitatis* decía, ya hace 50 años, que la vida religiosa era un “preclaro signo del Reino de los cielos” (PC nº 1)

Y la *Lumen Gentium* en su número 44 afirma que *“el estado religioso... cumple sea la función de **manifestar** ante todos los fieles que los bienes celestiales se hallan ya presentes en este mundo, sea la de **testimoniar** la vida nueva y eterna conquistada por la redención de Cristo, sea la de **prefigurar** la futura resurrección y la gloria del reino celestial”*

Si tomásemos en serio esta afirmación de que la vida religiosa es, ante todo y más que nada, “signo”, un signo consistente en un estilo de vida distinto y alternativo al

que la sociedad presenta y ofrece, podríamos derivar consecuencias interesantes e importantes para nuestros hermanos y comunidades:

1.-Nuestra vida tiene pleno sentido también cuando llega la hora de la jubilación, de la enfermedad y de la vejez... porque seguimos siendo, aunque la actividad disminuya o incluso desaparezca del todo. ¡Cuántos hermanos y hermanas entran en crisis cuando ya no pueden mantener el nivel de actividad que han desarrollado durante años y que ha llenado su horario! ¡Y cómo nos cuesta aceptar esa nueva situación!... a pesar de que afirmar que lo que cuenta es lo que somos y no lo que hacemos es una verdad de Perogrullo.

2.-También ilumina esto la situación de los religiosos en formación inicial. Siempre me ha sorprendido que algunos de ellos se definen y presentan como estudiantes... religiosos. Yo siempre les digo que ellos son religiosos... que estudian. Y el tiempo de esos estudios no es un tiempo de espera, un paréntesis difícilmente soportable, un tiempo de letargo para después eclosionar... No, ellos son YA religiosos, ya viven en comunidad, ya viven evangélicamente en la pobreza, castidad y obediencia ya han sido consagrados por Dios y hacen de su vida una entrega generosa en respuesta a dicha consagración. El hecho de que el estudio sea la actividad que les ocupe más tiempo (que no la más importante) y no el trabajo apostólico directo, no disminuye ni un ápice su ser religiosos.

3.-Pero la consecuencia más interesante la veo en el enfoque que le deberíamos dar a nuestra llamada pastoral vocacional.

Es un tema que nos preocupa a todos. De hecho, suele ser recurrente el empezar cuando nos encontramos por primera vez, después de saludarnos, con la pregunta: "Y vosotros, ¿cómo estáis de vocaciones?"

Nuestra pastoral vocacional, perdonadme la generalización, tiene como objetivo fundamental conseguir que unos cuantos jóvenes (o no tan jóvenes) vengan y se incorporen a nuestra Congregación o Instituto para rejuvenecer y reforzar nuestras comunidades y, sobre todo, dar continuidad a nuestras obras. ¡Ah, si tuviéramos, como en otros tiempos, 15 ó 20 novicios-as en cada provincia! Preocupados e inquietos por continuar siendo "eficaces", por mantener operativo un buen batallón especializado dentro de la Iglesia y de la sociedad, nuestra pastoral vocacional ha sido, y quizás es, utilitarista, mezquina, egoísta y corta de vista. Su objetivo no está centrado en la persona del llamado, sino en la persistencia y perpetuación de la Congregación.

El objetivo de toda auténtica pastoral vocacional debe ser ayudar a todo joven (y a todas las personas en general) a descubrir que la vida es vocación, que Dios tiene una propuesta para él o ella y que está esperando la respuesta, que la vida encuentra su sentido si nos la jugamos por Cristo y su Reino. Lo demás -si alguien quiere quedarse a vivir con nosotros y como nosotros- se nos dará por añadidura. No debería inquietarnos el número de religiosos; Dios es el dueño de la mies y sabe cuántos,

cuándo y dónde debe enviar obreros a ella (obrerros que no necesariamente deben ser religiosos o sacerdotes); lo que sí debería inquietarnos es ser auténticos, vivir de acuerdo a lo que somos, ser signos legibles y creíbles. De esto se nos pedirá cuenta a cada uno, no del número que hayamos sido.

No me extendiendo en este punto, pero me resulta claro que si tomamos en serio la afirmación de que lo importante es ser signos del Amor de Dios y de su Reino, muchas cosas cambiarían en nuestra vida.

## 2.-VIDA RELIGIOSA, PRESENCIA (ESTAR)

El ser nos lleva al estar. Nuestro modelo es el Jesús de Nazaret, Quien siendo Dios se hizo hombre...y habitó entre nosotros, acampó entre nosotros, viviendo con y entre sus paisanos, como uno más, durante los primeros 30 años de su vida. Hasta el punto que, en un momento dado, dirán de él: “Pero, ¿no es éste el hijo del carpintero”?

En italiano no se distingue el ser y el estar... Para nosotros, en castellano, está claro que no es lo mismo ser enfermo que estar enfermo.

Trabajar en favor de, trabajar para y por... no es lo mismo que “estar con”, “vivir como y entre...” Antes de hacer lo primero, hay que vivir lo segundo: la presencia.

Esta dimensión de nuestra vida es tan importante que algunas familias religiosas (como la *foucauldiana*) lo han hecho el elemento principal de su carisma.

Claro que no se trata de una presencia cualesquiera, sino con las siguientes características:

-Presencia **contemplativa**: de manera a descubrir la presencia de Dios en el mundo y de mirar el mundo con los ojos de Dios. Una presencia en profundidad, que vence la superficialidad y horada la realidad para abrir en ella pozos de los que surja el agua viva de la capa freática del Espíritu.

-Presencia **amorosa**: que sea acogedora, positiva, llena de ternura y compasión, de manera a ser signos del amor de Dios (vivir la “*fraternura*”, suma y síntesis de la fraternidad y la ternura)

-Presencia **solidaria y samaritana**: que llora con quien llora, que se alegra con el que está feliz, que echa una mano cuando se necesita, pero sin crear dependencias ni buscar protagonismos egoístas. Es la presencia del buen samaritano, no del sociólogo (que estudia la realidad pero no la cambia) o del fotógrafo (que retrata el hecho)

-Presencia **activa y animadora**... en lo posible; no indiferente ni pasiva.

-Presencia que sea **transparencia de Dios**, no opacidad. En cierta ocasión y lugar, una mamá visitaba una catedral gótica, de hermosos vitrales, con su hijo de 6

años. El niño, observando uno de dichos vitrales y señalando una figura humana, le pregunta: -Mamá, ¿quién es ése?. La mamá, sin saber qué responder, le dice: “No sé, será seguramente un cristiano”. Y el niño comenta: “Ah, entonces, un cristiano es un hombre que deja pasar la luz”

Ya decía el Concilio Vaticano II, al analizar el fenómeno del ateísmo en el mundo, que una de las causas de dicho fenómeno era que los cristianos, en lugar de revelar a Dios con nuestra vida, lo habíamos velado, impidiendo a muchos el verlo; es decir, que muchas veces no somos transparencia de Dios, sino que lo opacamos. La vida religiosa, cada religioso, debe transparentar a Dios.

-Presencia **apasionada y apasionante**: apasionada por Cristo y por el mundo concreto que nos toca vivir; apasionante por el arrastre y el tirón que un tal género de vida tiene sea para nosotros, sea para los demás.

Nuestra presencia, por contraste, no debe ser ni la del conquistador, ni la del extranjero que vive y está accidentalmente o por ciertos intereses, ni la del turista, ni la del comerciante, ni la del diplomático.

Del principio de la encarnación ha surgido y surge toda una espiritualidad, que ha llevado a la vida religiosa a pensar en comunidades insertas en los barrios y pueblos, “en el corazón de las masas”, dándole la vuelta a una espiritualidad mal entendida de la “fuga mundi” que todavía impera en muchas comunidades religiosas y en la mente de no pocos de nuestros hermanos y hermanas. ¿O acaso muchas de nuestras comunidades no viven ajenas a la realidad que les rodea, encerradas en su castillo, centradas en su tarea..., pero despreocupadas de otros problemas, trabajando “para” y “por” pero sin estar “con” y “entre”?

Me admiran las familias neocatecumenales que van a países extraños y lejanos para vivir y testimoniar su fe; más allá de la mayor o menor simpatía que tengamos hacia dichas comunidades, hay que reconocer el mérito de esas familias: dejan todo y se instalan en un lugar donde (perdón por la expresión) “Dios brilla por su ausencia” o al menos su presencia es débil en la vida de las personas... y dan testimonio viviendo de otra forma. Son lo que son (familias cristianas) y están donde están, viviendo de acuerdo a lo que son.

Visitando con alumnos y profesores de nuestra escuela Don Bosco de Marruecos una comunidad de Franciscanas Misioneras de María, en el Atlas profundo, en una aldea minúscula y deprimida llamada Tatiuin, donde la mayoría eran analfabetos y las comodidades de la civilización todavía no habían llegado, un maestro musulmán, que observó que varias de las religiosas eran cultas, con título de licenciadas o incluso con el doctorado, que eran europeas y estaban en ese villorrio pudiendo estar en Madrid, en París o en cualquier gran ciudad del mundo, me

preguntaba: “¿Qué hacen estas mujeres aquí, por qué están aquí?” Su presencia era –y es- testimonio vivo, es interpelante, predica por sí misma.

Nuestra presencia debe ser, en definitiva, transparencia de Dios, porque el cristiano, y más aún el religioso, “es una persona que deja pasar la luz”. Somos y estamos para ser transparencia de Dios, para ser sal de la tierra, ser luz del mundo, que no se enciende para esconderla debajo de la cama...sino para iluminar.

### 3.-VIDA RELIGIOSA, SERVICIO (HACER)

*“No he venido para ser servido, sino para servir”*

El ser y el estar nos llevan al hacer, que no debe ser un activismo desenfrenado y sin sentido, sino la expresión y traducción de lo que somos a las situaciones concretas.

No es indiferente hacer esto o aquello, con unos destinatarios o con otros, pero es más importante y definitivo el modo, la actitud con la que lo hacemos. “**Por tu amor, sólo por tu amor, te perdonarán los pobres el pan que les das**”, decía más o menos San Vicente de Paúl a una de sus Hijas de la Caridad. Más importante que dar pan (que lo es mucho), es darlo con amor.

No se trata de servir en lo que nosotros queremos y como nosotros queremos, sino en lo que se nos necesita y de una forma adaptada y adecuada a cada lugar. No debemos servir desde el poder y el dinero, con mentalidad colonizadora y paternalista.

El servicio de un religioso no puede ser simplemente activismo compulsivo, búsqueda de autosatisfacción, de éxito personal, de gratificaciones o felicitaciones. Debe ser fruto y expresión del amor de Dios que anima toda la vida, signo y transparencia del Dios que nos ama, testimonio de valores que no son evidentes de por sí.

No se trata tampoco de servir a la Iglesia y trabajar para la Iglesia, sino trabajar, como Iglesia que somos, en favor del Reino de Dios.

El Papa está criticando frecuentemente la auto referencialidad de la Iglesia...y de las Congregaciones y religiosos. La Iglesia, y la vida religiosa, no tiene su centro de gravedad en sí misma. Cuando la Iglesia –y cada Congregación- se preocupa preferentemente de sí misma, pierde de vista la misión y se corrompe, se pudre.

### 4.-VIDA RELIGIOSA, COOPERACION Y COMPROMISO

1.Nuestra cooperación tiene una dimensión vertical: dice San Pablo que somos “cooperadores de Dios” (1 Cor 3, 9)

Somos cooperadores de Dios; es Dios el que hace...pero cuando Dios trabaja, el hombre suda. Debemos hacer crecer en nosotros esa conciencia de que Dios Padre

quiere asociarnos a su obra creadora, de que estamos llamaos a cooperar con Cristo en la extensión del Reino y a colaborar con el Espíritu, que está vivo y actuante en cualquier parte antes de la llegada del primer misionero.

Tenemos que empeñarnos en la tarea como si fuera únicamente nuestra y dependiese totalmente de nosotros... pero sabiendo que depende totalmente de Dios. Dejarle a Dios el protagonismo, ser conscientes de nuestro rol, sentir el orgullo y la responsabilidad de haber sido llamados por Dios a cooperar con Él en la obra de la creación y de la salvación, en la transmisión y elevación de la vida, en la implantación y extensión de su Reino. El es el dueño de la viña; nosotros los viñadores.

## 2. Pero la cooperación tiene también una dimensión horizontal

Como cristiano y como religiosos más todavía, no podemos vivir en oposición al resto del mundo. Una bien entendida espiritualidad de la “encarnación” debe llevarnos y tener una buena relación y a colaborar con el entorno (asociaciones de vecinos, entidades culturales y educativas, partidos y sindicatos, autoridades, etc). Trabajar codo a codo, sin pretender protagonismo (sin rechazarlos tampoco cuando fuere necesario)

Hay diferencia entre “colaborar” y “comprometerse”; se comprende muy bien con la célebre comparación de la gallina y el cerdo en relación al desayuno de huevos fritos y jamón: en dicho desayuno, la gallina ha colaborado poniendo los huevos... pero el cerdo se ha comprometido, dejándose la piel y la vida. En nuestra cooperación con Dios, no podemos limitarnos a ser simplemente colaboradores, sino corresponsables, comprometidos.

Com-pro-meter-se, una bella palabra que se explica desguazándola:

Meter: ¿poner energías, tiempo, cualidades, dinero? Todo eso y mucho más, porque se trata de...

Meter-se, es decir, implicarse uno mismo, meterse personalmente, meter la propia vida, no sólo una parte de mi tiempo o de mis energías...

Pro-meter-se: meterse en pro de algo o de alguien; en favor de una causa, no para mi propio provecho.

Com-pro-meter-se: y hacerlo no en solitario ni individualmente, sino “com”, con otros, en equipo, en grupo, en comunidad, en Iglesia y como Iglesia.

**El ser lo que Dios nos ha hecho ser, el estar donde Dios nos ha querido poner, nos lleva a un servicio que consiste en ser cooperantes de Dios, comprometidos con Él en la extensión de su Reino.**

## 5.-VIDA RELIGIOSA, ESPERANZA

Nos sentimos llamados a la vida en plenitud: una vida que no acaba, una vida que rompe todas las fronteras, también las del espacio y del tiempo, una vida de total



felicidad. Somos, como religiosos, signos de esa vida ya aquí en la tierra. Estamos llamados a ser anticipo y prenda del cielo, degustación anticipada de lo que será el Banquete del Reino.

¿No es todo esto hermoso? Siendo como somos vasijas de barro, ¿no llevamos acaso en nuestro interior un tesoro valioso hasta el infinito? ¿No vale la pena nuestra vida, aunque esté ya inclinada por el peso de los años y reducida en su actividad externa?

El desánimo, la desesperanza y el pesimismo sólo pueden brotar de una visión equivocada de la vida religiosa. Una visión correcta nos conduce a la alegría (la alegría del Evangelio), al optimismo y a la esperanza. No tienen lugar en la vida religiosa los pájaros de mal agüero y los profetas de calamidades.

Estamos en las manos de Dios. El conduce la nave en que navegamos, su nave, su Iglesia, la vida religiosa, nuestra vida personal.

Consecuencia: debemos envejecer bien, como viejitas adorables, no como viejos solterones cascarrabias. Debemos crecer en ansias de cielo, como Pablo, como Teresa de Jesús.

En la más profunda oscuridad, el Espíritu puede aparecer como luz que rompe las tinieblas. El fecunda lo árido, endereza lo torcido, funde el hielo con el calor de su amor, vence a la muerte dando vida. Un bufido del Espíritu y el mundo cambia de dirección, echando por tierra las predicciones de los futurólogos y las descripciones de los sociólogos. ¿De qué manera, si no, interpretar el fenómeno Francisco en la Iglesia y en el mundo? ¿Quién se lo esperaba, quién hubiera predicho algo así?

Por eso lo que nos toca es “vivir de acuerdo a la vocación a la que hemos sido llamados” y dormir tranquilos. Lo demás se nos dará por añadidura.

## **CONCLUSION**

Trabajemos por...

-Una vida religiosa más atenta al SER que al hacer, a la CALIDAD de la vida evangélica que a los números y cantidades.

-Una vida religiosa SIERVA, no señora; SERVIDORA, no conquistadora; SAMARITANA Y LLENA DE MISERICORDIA Y “FRATERNURA”.

-Una vida religiosa PRESENTE, INSERTA, ENCARNADA, que, como Cristo, sin ser del mundo, esté en él.

-Una vida religiosa que sea TRANSPARENCIA del Dios presente y PRESENCIA del Dios que ama.

-Una vida religiosa testimonio de la GRATUIDAD del Amor de Dios y, por tanto “desinteresada” de toda rentabilidad.

-Una vida religiosa que haga que CRISTO arraigue y se enraice en cada pueblo y cultura, de forma que sea tan aimara en Bolivia como fue judío en Palestina.

Muchas gracias por la atención

“Creo que la Iglesia necesita hoy la capacidad de construir verdaderas comunidades de fe, esperanza y caridad, al estilo de San Benito, capaces de una paciente siembra de civilización.

Necesita la frescura y el ímpetu arrollador de San Francisco, que comunicaba el Evangelio sin glosa, en cualquier lugar y sin condiciones previas, capaz de buscar a los más alejados hasta el fin del mundo.

Y requiere el trabajo cultural y la predicación que enhebra fe y razón, tan propias del movimiento dominico, para hablar al mundo de hoy también en sus centros de pensamiento y decisión” (José Luis Restán, en Páginas Digital)

Cristóbal López, sdb